

X

Y se ha concretado al fin el amor de Apolodoro. Ha sido en casa de su maestro de dibujo, donde acude, con otros mozos, a perfeccionarse.

El bueno de don Epifanio, gran artista fracasado según muchos, ha llegado a cobrar hondo cariño al mozo. Mientras le corrige el dibujo, suele decirle:

—Hay que vivir, Apolo, hay que vivir, y lo demás son lilailas.

No agradan mucho a don Avito las peculiares ideas, o según él no ideas, *anideas*, de don Epifanio, pero acaso estorben las ideas para enseñar dibujo. Y transige. ¡Lleva tanto transigido ya!

Alguna vez, al salir o entrar en el estudio, al que se pasa por las habitaciones privadas del maestro, ha visto Apolodoro pasar, semiflotante, sin hacer ruido, por la penumbra, una visión de doncella. Otra vez ha descubierto, por una puerta entreabierta, allá en el fondo, junto a un balcón cerrado, envuelta en la mansa luz que los visillos tamizaban, una figura encorvada sobre la blanca labor, algo como eternizado en cuadro de ingenua mano, cosa no de bulto, algo como la flor de aquel ámbito de doméstica penumbra, tranquila violeta de hogar. La luz ribeteaba con luminosa franja los contornos de su rostro, que cual emplomada pintura de vidriera se mostraba, su entreabierta boca parecía orar en silencio, mientras el inclinado seno se le alzaba y bajaba con lento ritmo. Apolodoro se enajenó en la visión.

Y ahora sale Clarita a abrirle la puerta, con una sonrisa desintencionada, con juguetones ojos, ¡qué ojos!, ¡qué ojos tan persuasivos, tan sugestivos, tan educativos, tan pedagógicos!, ¡viviente invitación a la vida, constante lección de sencillez y de amor! Balbuce Apolodoro sus buenos días y se ruboriza ella al oírle balbucir:

—¡Pase usted, Apolodoro, pase usted!

«¡Que pase!, ¡oh, que pase! ¡Qué música de palabras!, ¡qué talento de muchacha!, ¡qué evolutiva!, ¡qué subcon-

cientel, ¡qué inmanente!, ¡qué trascendente!, ¡qué integrall, ¡qué cíclica! ¡Que pase, oh, que pase! En estas palabras se resume todo. ¡Ciencia pura! ¡Ciencia! Algo más, sobre-ciencia. ¡Algo más aún! ¡Algo más?» Y entra Apolodoro tropezando, y al tropezar le roza la mejilla un rizo de la muchacha, pámpano de aquella vid de hogar, y siente luego el mozo comezón allí, y más tarde, a solas, bajo el latido del corazón, se lleva los dedos al punto del roce y los besa y hasta se los lame.

Pero ¿de dónde le sale esta súbita resolución tan poco pedagógica, aunque tan genial? Se le altera la sangre; muda de piel espiritual y brota en él un nuevo hombre, el hombre. Emprende ahora su corazón un galope, y este galope le echa a la cabeza un ataque de amor. Sí, con ataques, estallidos de amor, de amor lancinante, accesos que le sobrecogen en cualquier parte, con la amorosa imagen chorreando vida. Sí, «hay que vivir, hay que vivir y lo demás son lilailas», le dice el padre de la vida. Ya tiene Apolodoro con qué hacer sus furtivas escapatorias al triste jardín del deleite. Se le abre el mundo.

—Es menester que te penetres bien de la importancia de la ley de la herencia —le dice don Avito.

—Sí, padre, la estoy estudiando.

—Pero a fondo.

—¡Qué mundo, Virgen Santísima, qué mundo! —suspira la Materia.

Y espía Apolodoro el momento, que ha estado a punto de lograr hace poco, pero habiéndosele desvanecido Clarita, con su sonrisa a que hace de amoroso ámbito el hogar. Porque este hogar, ¿es una difusión de su sonrisa, o es acaso ésta una concentración del hogar? Algo barrunta, sin duda, la doncella, pues sus ojos miran más hondo y sus labios se entreabren más al ver a Apolodoro.

¿Y don Epifanio? Algo debe de saber también, porque, ¿no da otro tono a sus plácidas sentencias? ¡Qué sentencias! ¡Qué talento de hombre!, ¡haber sabido hacer esta hija! Un talento inconciente, es decir, genial. ¿Cómo va a compararsele don Fulgencio? ¡Para aforismo y *Ars magna*